

tamente en el quarto de la dueña, que se llamaba la señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo muy bien, le respondí, ¿y en qué paró esa pobre muger? ¿En qué habia de parar? repuso él. Luego que su merced partió, cayó mala de pasión de ánimo, y al cabo murió mas llorada de la ama que del amo.

Después que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora se despidió de mi, pidiéndome perdon de lo que me habia detenido, y me dexó proseguir mi camino. No pude menos de dar algun suspiro acordándome de la desdichada dueña, y echándome la culpa de su desgracia, siendo asi que verosimilmente sería obra de su cancer aun mas que de mi desvío.

Observaba con gusto en la Ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos, pero lo que me llevó toda la atencion fue una gran casa que descubrí á lo lejos, donde ví que entraba mucha gente. Acerquéme para informarme mejor por qué era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras que decía: *Teatro de Comedias*. Leí tambien los carteles, en los quales para aquella tarde se ofrecia una nueva tragedia compuesta por Don Gabriel Tiraquero.

CA-

CAPITULO V.

Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella.

Detúveme algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban. Habíalas de todas esferas y trages. Ví caballeros de muy buena traza, y ricamente vestidos; ví tambien otra gentalla de malísimas figuras, cubiertas todas de andrajos. Ví varias damas que se apeaban de sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado, y ví no pocas cortesanas que se enfilaban en las gradas para embaucar á los pisaverdes boquirrubios. A vista de tal concurso de gente de todos precios y calidades, me vino la gana de aumentar el número. Ya me disponia á entrar quando ví llegar al Gobernador con su muger. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme, y me llevaron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrámbos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y la

TOMO IV.

F

lu-

34423

luneta llena de caballeros de las tres Ordenes Militares. ¡Gran concurso! exclamé yo, volviéndome á Don Alfonso. No te admires de eso, me respondió: la tragedia que se va á representar es composicion de Don Gabriel Tiraquero, á quien todos llaman *El Poeta á la moda*. Quando los carteles anuncian alguna obra suya, toda Valencia se pone en movimiento. Hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa que de la comedia ó de la tragedia; se alquilan á porfia aposentos y asientos; y el dia de la primera representacion suele haber muertes en la puerta sobre la entrada, siendo asi que se dobla el precio, exceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se le respeta por no ponerle de mal humor. Sin duda, dixé entonces al Gobernador, que ese tal D. Gabriel debe de ser un gran poeta, por lo menos asi me le hace concebir esta viva curiosidad, y esta furiosa impaciencia del público para oír todo lo que sale de su mano. No juzgues tan pronto, me dixo Don Alfonso, no te engañe la prevencion, pues el público se alucina con orepes, y solo se desengaña luego que se imprimen las obras que aplaudió al tiempo de representarlas.

Al llegar aquí se dexaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oírlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos, y á cada verso se repetian los bravos y los vivas, y al fin de cada jornada un estruendo de palmadas que parecia venirse á tierra el teatro. Concluida la representacion me mostraron

al autor, el qual iba modestamente recorriendo los aposentos para recoger los aplausos y laureles con que damas y caballeros le coronaban á competencia.

Nosotros volvimos á Palacio, donde poco despues llegaron tres ó quatro caballeros con dos autores muy conocidos y estimados en Valencia por su ingenio, tras los quales entró un caballero vecino de Madrid, sugeto hábil, de fino y delicado gusto. Durante la cena no se habló sino de la nueva tragedia. ¿Qué les parece á Vmds., preguntó un caballero, de la pieza que se representó esta tarde? ¿No es verdaderamente una maravilla, un *xefe de obra*, por explicarme á la Francesa, esto es, una obra perfecta y acabada? ¿Pensamientos sublimes, afectos nobles, versificacion masculina, enérgica y vigorosa, una composicion, en fin, cabal en todas sus partes, poema en suma hecho únicamente para un auditorio pensador é inteligente? Paréceme, respondió un caballero de Alcántara, que ningun racional puede pensar de otra manera. La pieza tiene algunos rasgos que podia haber dictado el mismo Apolo, y ciertos lances conducidos con exquisito primor, y con infinito artificio. Apelo sino al juicio de este caballero (volviéndose hácia el Madrileño) que me parece muy inteligente en la materia, y apuesto á que siente lo mismo que yo. No se empeñe Vmd. en apostar, le respondió el caballero con cierta risita falsa, porque yo no soy de este pais, y en

Madrid no acostumbramos á decidir tan fácilmente. Lejos de juzgar del mérito de una pieza la primera vez que la oímos, desconfiamos de sus mas bellas apariencias quando solamente las escuchamos en boca de los actores; y aunque estamos muy prevenidos á favor del compositor suspendémos el juicio hasta haberla leído muy despacio, y con toda reflexi6n; porque en la realidad no siempre la hallamos tan bella leída en el papel, como nos pareció representada en el teatro.

Antes de calificar un poema (prosiguió) le exâminamos menuda y escrupulosamente, ni por grande que sea la reputacion de un autor basta para deslumbrarnos, quando hasta el mismo Lope de Vega y el mismo Calderon encontraron jueces severos en sus admiradores, los quales no los elevaron á la gloria que gozan hasta que despues de un maduro exâmen los hallaron dignos de ella.

Por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como Vmds. no esperamos á que se imprima una pieza para decidir de su mérito. A la primera representacion conocémos quanto vale. Ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion. Bástanos saber que es obra de Don Gabriel para estar persuadidos á que es obra sin tacha ni defecto. Las producciones de este gran poeta son la legítima época del nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones fueron unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El Madrileño en cuyo
con-

concepto Lope de Vega y Calderon eran los Sophocles y los Eurípides Españoles, abochornado con un discurso tan temerario exclamó casi fuera de sí: ¡qué sacrilegio dramático es el que oigo! Señores, ya que Vmds. me obligan á que imite su exemplo juzgando de la tal pieza á la primera representacion, digo claramente que nada me ha gustado la nueva tragedia de ese su tan decantado Don Gabriel. Es un drama zurcido de pensamientos mas brillantes que sólidos. Las tres partes de los versos son malos, y los consonantes violentos y arrastrados, como se dice, por los cabellos, los caractéres no bien expresados, ó por lo menos mal sostenidos, las voces impropias, y los conceptos oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una prudencia tan loable como rara en los de su profesion no habian abierto la boca, porque no se creyese que hablaba en ellos la envidia ó la emulacion, con los ojos y con los gestos dieron bastante á entender que sentian lo mismo que este caballero; por donde claramente conocí que su silencio habia sido política, y no asenso á la opinion popular. Sin embargo, los demas volvieron á enfrascarse en los elogios de Don Gabriel, tanto que no pararon hasta colocarle en el número de los dioses. Esta fanática apotheosis, y estravagante idolatria sacó fuera de sí al buen Madrileño, tanto que levantando las manos al Cielo exclamó con una especie de entusiasmo: ¡Oh divino Lope, raro y
su-

sublime ingenio, que dexaste un inmenso espacio entre tí y todos los presumidos que aspiran á imitarte! Y tú, dulcísimo Calderon, cuya incomparable dulzura, enteramente purgada de todo indigesto epicismo, es absolutamente imitable; no temais, no, que vuestros altares sean profanados ocupándolos este nuevo alumno, ó por mejor decir, este niño de teta de las musas. Muy afortunado será si logra que la posteridad oiga siquiera hablar de él, y tenga alguna noticia de su nombre.

Este gracioso apóstrofe que ninguno esperaba, hizo reír á todos, con lo qual se levantaron de la mesa, y se retiraron de buen humor. A mí me conduxeron al quarto que me tenían dispuesto, donde encontré una blanda cama, en que se acostó mi señora, y me quedé dormido, compadeciéndome tanto como el caballero Madrileño de la ignorancia, y mal gusto de los que hacian á Lope y á Calderon una injusticia tan clara.

CAPITULO VI.

Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso, á quien le pareció conocida y declaróse quien era.

Como no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté muy temprano al si-
guien-

guiente para acabar de recorrerla. Encontré en la calle á un Cartuxo, que sin duda iba á algun negocio de su Comunidad. Caminaba con los ojos baxos y con tal compostura que se llevaba la atencion de todos. Pasó cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció que veía en él á Don Rafael, aquel famoso aventurero que ocupa tan honorífico lugar en los dos primeros tomos de esta historia.

Quedé tan asombrado y aturdido de aquel nunca imaginado encuentro, que en vez de acercarme al Monge estuve inmobil por algun espacio de tiempo, lo que le dió lugar á él para alejarse de mí. ¡Santo Dios! exclamé: ¿se habrán visto jamas en el mundo dos caras mas parecidas? No sé lo que me piense. ¿Cree- ré que es el mismo Don Rafael? ¿pero cómo puedo creer que no lo sea? En fin me apuró tanto esta curiosidad que no me pude contener sin hacer todo lo posible para salir quanto antes de ella. Informéme del camino de la Cartuxa, y partí derecho allá con esperanza de ver al tal hombre quando se restituyese al Convento, y bien resuelto á esperarle hasta que le pudiese hablar; pero no tuve necesidad de aguardarle para hallarme muy instruido de todo. Luego que llegué á la puerta del Monasterio, la vista de otro semblante tan conocido para mí como el de Don Rafael, me quitó toda la duda: era el Padre portero aquel mismo Ambrosio Lamela, antiguo criado mio.

Fue

Fue igual la sorpresa de ambos por una y por otra parte. ¿Será esto sueño, ilusión ó realidad? dixe al Portero al mismo tiempo de saludarle. Si no deliro ó no sueño parece que estoy viendo á un antiguo amigo mio. Al principio no me conoció Lamela, ó por lo menos afectó no conocerme, pero considerando despues que era inútil la ficcion, y haciendo como que de repente volvía en sí: ¡ Ah señor Gil Blas! exclamó, perdone su merced por amor de Dios, si no le conocí tan prontamente. Desde que entré en esta santa casa solamente me aplico á la observancia de lo que nos prescriben nuestras reglas, de manera que insensiblemente me fuí olvidando de todo lo que habia visto en el mundo.

Verdaderamente, le respondí, que tengo gran gusto de verte con un hábito tan respetable. Y yo, señor, me replicó, tengo gran vergüenza de que me vea con él un hombre que fue testigo de mi mala vida, porque este santo hábito me la está continuamente reprehendiendo. ¡ Ah! prosiguió arrancando un profundísimo suspiro, para ser digno de vestirle era menester haber vivido siempre como un Angel. Por tu modo de hablar y de pensar (que verdaderamente me edifica) le respondí, veo claramente que ha andado contigo la mano del Señor. Vuelvo á decirte que estoy lleno de gozo, y deseo saber el milagroso modo con que te resolviste á abrazar esta vida así tú como Don Ra-
fael

fael, pues ya no puedo dudar que fue este el exemplar y modestísimo Cartuxo que poco há encontré en una calle de la ciudad. Sentí mucho no haberle detenido para hablarle, y le estoy esperando para hacerlo quando se retire al Convento.

No se engañó su merced, respondió Fr. Ambrosio: el Cartuxo que vió es el mismísimo Don Rafael, y en quanto al suceso de nuestra vocacion, fue como se sigue. Despues que en Segorbe nos separamos de Vmd., el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de dar algun golpe de mano propio de nuestra profesion. Quiso la casualidad, ó por mejor decir, dispuso la divina Providencia que entrásemos en esta Iglesia de Cartuxos á tiempo que éstos estaban cantando en el coro. Parámonos un poco á verlos y á considerarlos, y conocimos por nuestra misma experiencia que los malos, quieran ó no quieran, no pueden menos de respetar y venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que cantaban, de aquel ayre penitente y desprendido de los placeres del mundo, y de la dulce serenidad que se dexaba ver en todos sus semblantes, indicio manifiesto de aquellas tranquilas y purísimas conciencias.

Estas reflexiones insensiblemente nos fueron introduciendo en una especie de meditacion que nos fue muy saludable. Cotejámos nuestras costumbres con las de aquellos santos Religiosos, y nos llenó de inquietud y de sobresalto la di-

ferencia que hallamos entre unas y otras. La melá, me preguntó Don Rafael luego que salimos de la Iglesia, ¿qué afecto ha causado en tí lo que acabamos de ver? en quanto á mí no puedo disimularte que no tengo el ánimo quieto y sosegado. Agítanme interiormente ciertos movimientos nunca experimentados; y por la primera vez en mi vida yo mismo me avergüenzo y me confundo de mis maldades. En la misma disposicion, le respondí, me hallo yo: en este mismo instante se amotinan contra mí todas mis iniquas acciones; y los remordimientos que nunca he tenido me están ahora despedazando el corazón. ¡Ah querido Ambrosio! volvió á responder: tú y yo somos dos obejas descarriadas, tras las cuales anda el Divino Pastor para que se restituyan al rebaño. El es el que nos está llamando. No nos hagamos sordos á su voz; renunciémos para siempre nuestras iniquidades, dexémos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy mismo á trabajar seriamente en el importantísimo negocio de nuestra salvacion; pasémos lo que nos resta de vida en este santo Convento, y consagrémoslo todo al arrepentimiento y á la penitencia.

Alabé mucho el pensamiento de Don Rafael, prosiguió diciendo Ambrosio, y entrambos tomamos la generosa resolucion de hacernos Cartujos. Para ponerla por obra recurrimos al Padre Prior, quien luego que entendió lo que deseábamos, para probar nuestra vocacion man-

VI OMO dó

dó que se nos diesen dos celdas, y nos intimó que debíamos estar en ellas un año entero haciendo la misma vida que los demas Monges, pero en hábito secular. Ajustámonos á las reglas con tanta exâctitud y con tanta constancia, que al cabo del año fuimos recibidos novicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado, y pasamos con tanto valor por todos los trabajos del noviciado, que á su tiempo se nos dió la profesion. Poco tiempo despues de ella, habiendo mostrado Don Rafael un talento muy particular para el manejo de negocios, le señalaron por ayudante y compañero de un Padre anciano que era entonces Procurador. Mas quisiera el hijo de Lucinda que le hubieran dexado emplear todo el tiempo en la oracion; pero la obediencia le obligó á que sacrificase su devota inclinacion á la necesidad que el Monasterio tenia de él. Instruyóse tanto en todos los intereses y haciendas de la casa, que habiendo muerto tres años despues el Procurador le hicieron sucesor suyo con general satisfaccion. Actualmente exerce este mismo empleo tan á gusto de los Padres, que universalmente aplauden todos su destreza y sus aciertos en la administracion de lo temporal. Pero lo mas particular de todo es, que en medio de los cuidados y ocupaciones exteriores, que lleva de suyo la obligacion de recoger todas las rentas, parece que su pensamiento está siempre fixo en la eternidad. Lo mismo es darle los negocios algun momento de reposo que abismarse

G 2

in-
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

52 *Las Aventuras de Gil Blas.*

inmediatamente en altas y profundas meditaciones. En una palabra, es uno de los más exemplares Monges del Monasterio.

Interrumpí á Lamela quando llegaba aquí con un grande ímpetu de gozo que me causó la vista de Rafael, que á este punto se dexó ver de nosotros. Hé aquí, dixé, el santo Procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y sin poderme contener corrí hácia él con los brazos abiertos y le dí un estrecho abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la menor muestra de que mi vista le hubiese causado la mas mínima alteracion; sea Dios loado, señor de Santillana, me dixo con una voz llena de dulzura, Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dixé, P. Rafael, yo me considero muy interesado en la dicha que les ha tocado á Vmds., y me tomó en ella toda aquella parte que me es posible tomar. Fr. Ambrosio me ha contado ya toda la historia de la vocacion de ambos, y confieso que su relacion me dexó enteramente encantado. Gran ventura es la vuestra, amados amigos míos, de haberos tocado la suerte de entrar en el número de aquellas almas escogidos de Dios para gozarle por toda una eternidad.

Dos criaturas tan miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian esperar semejante felicidad, pero el dolor y verdadero arrepentimiento de sus gravísimas culpas hizo que hallasen gracia en los



T.L. Enquid' sculp.
Impensado encuentro de Gil Blas con sus dos compañeros D.^o Rafael y Ambrosio, y se admira de verles Cartuxo.

los ojos del Padre de las misericordias. ¿Y Vmd. señor Gil Blas, añadió inmediatamente, ¿no piensa tambien en tomar algun camino para que Dios le perdone sus pecados? ¿Qué negocios le han traído á Vmd. á Valencia? ¿Exercita por ventura algun empleo peligroso? No, por la misericordia de Dios, le respondí: desde que salí de la Corte hago una vida christiana y arreglada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una casa que tengo distante pocas leguas de Valencia, y otras vengo á pasar algunos dias con mi amigo el señor Gobernador, á quien Vmds. dos conocen perfectamente.

Con esta ocasion les conté toda la historia de Don Alfonso de Leiva, la que oyeron con grandísima atencion; y quando les dixé que de orden del mismo Don Alfonso habia ido yo en persona á restituir al mercader Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos hurtado, Lamela me interrumpió, y volviéndose á Rafael, le dixo con gran viveza: en verdad, P. Hilario, que el tal mercader no tendrá razon para quejarse de un robo en que vino á ganar tanto, y por lo que toca á este punto puede estar muy sosegada nuestra conciencia. Con efecto, añadió el P. Procurador, antes que Fr. Ambrosio y yo tomásemos el hábito hicimos restituir secretamente mil y quinientos ducados á Samuel Simon por mano de un Eclesiástico exemplar, que se quiso encargar de esta restitucion pasando

do en persona á Xelva solo por hacerla. Peor para el desdichado mercader, si se embolsó esta cantidad despues de estar ya enteramente pagado y satisfecho por el Señor de Santillana. ¿Pero esos mil y quinientos ducados, repliqué yo, se entregaron efectivamente al mismo mercader? Seguramente, respondió Fr. Rafael: yo respondo de la integridad del tal Clérigo tanto como de la mia. Y yo tambien, añadió Fr. Ambrosio, especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por dos depósitos que le cometieron, y en ambos fueron condenados en las costas sus acusadores.

Duró algun tiempo nuestra conversacion, y al fin nos separámos, encargándome ellos que tuviese siempre á la vista el santo temor de Dios, y encomendándome yo en sus santas oraciones. Fuíme derecho á buscar á Don Alfonso, y luego que le ví le dixé: ¿á que no adivina V. S. con quienes acabo de tener ahora una larga conversacion? Con dos venerables Cartuxos que V. S. conoce tan bien como yo. El uno se llama Fr. Hilario, y el otro Fr. Ambrosio. Tú te engañas, Santillana, porque yo no conozco á ningún Cartuxo. ¿Cómo que no? le repliqué con presteza. V. S. conoció en Xelva á Fr. Ambrosio, Comisario del Santo Oficio, y á Fr. Hilario, Secretario de la Santa Inquisicion. ¡Cielos! ¡qué es esto! exclamó sorprendido Don Alfonso: ¿será posible que Rafael y Lamela se hayan hecho Cartuxos! Sí, verdaderamente,

res-

respondí yo, y años há que profesaron. El primero es Procurador del Convento, y el segundo Portero de la principal; uno es dueño del caudal, y el otro de la puerta.

Quedóse suspenso por algunos momentos el hijo de Don Cesar, y dixo despues meneando la cabeza: el señor Comisario del Santo Oficio, y el señor Secretario de la Santa Inquisicion, harto será que no estén forjando alguna bella comedia. V. S. repuse yo, hace juicio de lo presente con alguna preocupacion por lo pasado; yo que los acabo de tratar los juzgo mas benignamente. Es verdad que los corazones no se ven, pero segun todas las apariencias, ellos fueron dos grandísimos bribones que están sinceramente arrepentidos. Bien puede ser, respondió Don Alfonso, pues no ignoro que ha habido muchos que despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes se arrepintieron y se encerraron en los claustros á hacer grandes penitencias; quiera Dios que nuestros dos Monges sean de éstos, como vivamente lo deseo.

¿Y por qué no lo han de ser? volví yo á replicar. Ellos abrazaron libre y voluntariamente el estado Monacal muchos años há, y se portan en él con la mayor edificacion. Dí todo lo que quisieres, prosiguió el Gobernador, pero á mí nada me gusta que la caja del Convento esté en poder del P. Hilario, de quien no acierto á poderme fiar. Quando me acuerdo de la relacion que nos hizo de sus aventuras, tiem-

blo

blo por los pobres Cartuxos. Quiero creer que ha-
ya tomado el hábito con la mas buena fé, y con
la mas pura intencion del mundo, pero el mane-
jo del dinero y la vista del oro puede despertar
la codicia. A ningun borracho que renunció el
vino se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza
del Gobernador. Desaparecieron de repente el Pro-
curador, el Portero y la caja del Convento: no-
ticia que esparcida por la ciudad dió mucho que
reir, y que glosar á los ociosos, á los pisaverdes,
y á los que hacen profesion de bufones y gra-
ciosos, los cuales siempre celebran con chocar-
rerías las desgracias de los Religiosos que tienen
fama de ricos. Por lo que toca al Gobernador y
á mí, nos contentamos con compadecernos de
los Cartuxos, sin dar á entender, y mucho
menos sin hacer alarde de que conociamos á los
dos apóstoles fugitivos.

CAPITULO VII.

*Restituyese Gil Blas á Liria; dále
Scipion una noticia de mucho gusto,
y reforma su familia.*

Ocho dias me detuve en Valencia gozando del
gran mundo, y viviendo como los Condes y los
Marqueses. Espectáculos, bayles, conciertos,
festines y conversaciones con damas y caballe-
ros:

ros: proporcionándome todas estas diversiones,
tanto el señor Gobernador como la señora Go-
bernadora, los cuales me vieron restituirme á
mi casa de Liria con poco gusto de ambos. An-
tes de partir me obligaron á darles palabra de
que repartiria todo el tiempo entre ellos y
mi soledad, dando á la Ciudad el invierno y el
verano al campo. Baxo este pacto me dexaron
libertad mis bienhechores para que me fuese á
gozar de sus mismos beneficios.

Scipion que deseaba con ansia mi pronta
vuelta, se alegró infinito quando me volvió á
ver, doblándose su gozo con la relacion que le
hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregun-
té, en qué te has divertido los dias de mi ausen-
cia? ¿Has estado alegre? Todo aquello, me res-
pondió, que lo puede estar un criado fiel á
quien nada le divierte tanto como la presencia y
vista de su amo. Daba largos paseos por estos
nuestros pequeños pero deliciosos estados: unas
veces me sentaba junto al borde de la fuente que
está en el bosque, contemplando con gusto par-
ticular la claridad de su agua tan pura y tan
cristalina como la de aquella sagrada fuente,
cuyo apacible rumor se dexa oir y resuena por
todo el espacioso bosque de Albunea. Otras re-
costado al pie de un arbol, y á la sombra de
su verde y pomposa copa estaba embelesado
oyendo los trinos del ruiseñor, y los amorosos
gorgeos del gilguero. En fin un día me divertia
en la caza y otro en la pesca; pero ninguna co-